¡AY DE LOS VENCIDOS! LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA PROTOHISTÓRICA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Protohistoria, guerra, península Ibérica, iberos, celtíberos.

Francisco Gracia Alonso[1]

L'estudi de la guerra en la protohistòria depèn essencialment de l'anàlisi complexa de les fonts clàssiques i de la no sempre possible confirmació arqueològica. Des de la perspectiva que la guerra desenvolupada a la península Ibèrica durant els segles IV-II aC per les comunitats preromanes es basà en els conceptes de la guerra complexa amb inclusió d'idees organitzatives d'origen mediterrani, s'analitzen les conseqüències polítiques, econòmiques, demogràfiques i socials que conduïren a la seva desaparició com entitats polítiques independents davant la pressió de Cartago i Roma.
Protohistoria, guerra, península Ibèrica, ibers, celtibers.

The conception and study of the protohistoric wars after the analysis of classical literary texts and archaeological documentation are very complicated. The war at the Iberian peninsula from the IV to the II centuries B.C., present the principals characters of the modern and complexes concepts of war after the Mediterranean influences of Greek, Carthaginian and Roman strategies and tactics. This work analyzed the politic, economic, demographic and social consequences previous at the end of independent indigenous social structures against the imperial policy on Cartage and Rome.
Protohistory, Ancient wars, Iberian Peninsula, Iberian and Celtiberian tribes.

L'étude de la guerre dans la protohistoire est essentiellement fonction de l'analyse complexe des sources classiques et de leur confirmation archéologique pas toujours possible. Si l'on prend comme point de départ le fait que la guerre menée dans la péninsule ibérique au cours des IVe et IIe siècles av. J.-C par les communautés préromaines se fonde sur les concepts de la guerre complexe incluant des notions d'organisation d'origine méditerranéenne, on analyse les conséquences politiques, économiques, démographiques et sociales qui ont conduit à leur disparition en tant qu'entités politiques indépendantes face à la pression de Carthage et de Rome.
Protohistoire, Guerre, Péninsule ibérique, Ibères, Celtibères.

La guerra es una masacre entre gentes que no se conocen para provecho de gentes que sí se conocen pero que no se masacran

Paul Valéry

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Muerte y destrucción son siempre las consecuencias de la guerra con independencia del período cronológico y el ámbito territorial en que se desarrollen. En el caso específico de la Protohistoria peninsular, el análisis de la guerra se ha centrado esencialmente en los últimos años en tres grandes líneas de trabajo: el estudio del armamento; la evolución de la poliorcética con especial atención a la introducción en los yacimientos ibéricos de principios arquitectónicos de origen mediterráneo; y el significado del héroe como elemento conductor de la estructura militar. Apartados que han concentrado el debate en la existencia de ejércitos complejos antes de la presencia púnico-romana en Iberia, y en los principios conceptuales de la guerra protohistórica muy influídos, según algunos autores, por la visión filo-helénica derivada de los sistemas militares de la Grecia arcaica.

Es evidente también, tal y como hemos indicado en otras ocasiones (Gracia 2003; 2006), que el problema fundamental para el estudio de la estructura y usos de las con-

1.- Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología. Universidad de Barcelona. E-mail: *fgracia@ub.edu* Este trabajo se incluye en el proyecto HUM 2004-03121/HIST

tiendas continúa siendo la dependencia casi absoluta que en este sentido se tiene de las informaciones proporcionadas por las fuentes clásicas greco-latinas. Cabe recordar que disponemos tan sólo de una de las tres visiones posibles de las contiendas que asolarán la Península a partir del 238 a.C. y hasta el final de la conquista augustea: la romana. Ni púnicos ni iberos/celtíberos nos han legado su visión narrativa y explicativa de las contiendas en que se vieron inmersos, unos como consecuencia de su política expansionista y los otros como víctimas del imperialismo desatado durante el primer conflicto mundial que continuó hasta la total aniquilación (o integración forzosa) de las estructuras políticas y sociales peninsulares. Al tratarse de una información unívoca, ésta es evidentemente sesgada. No sólo por presentar la visión romana de la conquista, justificando las acciones emprendidas bajo la égida del Senado romano por el derecho natural a la expansión territorial, sino porque los relatos son a un tiempo justificativos y hagiográficos de las acciones de sus comandantes militares y cargos públicos. Del mismo modo, al dirigirse dichas obras a lectores latinos, la descripción de los usos y costumbres de la guerra se asienta en el general conocimiento de los conflictos en el mundo clásico, no introduciendo más que de forma restringida referencias etnográficas y/o sociales y políticas relativas a la concepción de la guerra compleja por parte de sus enemigos. Por último, pero no por ello menos determinante, historiadores y escritores no suelen ser coetáneos (y mucho menos testigos o partícipes) de aquello que cuentan, por lo que las imprecisiones, anacronismos, e interpolaciones son constantes en las obras, siendo frecuentes, por ejemplo, los recursos a sucesos anteriores acaecidos en otro marco geográfico –pero bien conocidos– que adaptados a un relato facilitan tanto su comprensión como su calidad literaria. En palabras de A. Goldsworthy: "*son numerosos los historiadores antiguos que inician sus obras con un alegato en defensa de su intención de plasmar la verdad. Sin embargo, para ellos es aún más importante redactar un texto lleno de dramatismo y fácilmente legible, pues se creía que, tanto o más que informar, la historia debía entretener. En ocasiones, una determinada tendencia personal o política conducía a la distorsión consciente de la verdad, mientras que otras veces, unas fuentes inadecuadas o inexistentes se veían complementadas por invenciones, empleando a menudo temas tradicionales retóricos. En otros casos, la ignorancia militar del autor le llevaba a malinterpretar su fuente, como cuando Livio hace una mala traducción de la descripción que nos ofrece Polibio de la falange macedónica en actitud de abatir las picas para disponerlas en posición de combate, aquél entiende que bajaban las picas para luchar a espada*" (2005, 17). No queremos con ello negar la validez de las fuentes clásicas como base documental para el estudio de la guerra protohistórica, pero sí insitir en el necesario distanciamiento y el aquilatameiento con que deben emplearse. La guerra y sus consecuencias en la Protohistoria peninsular deben analizarse, más allá de las características de las operaciones militares, como un fenómeno socio-político motivado por las tres causas básicas de los conflictos en la antigüedad: fronteras, ideología, y recursos económicos (Brun 1999).

PÉRDIDA DE LA INDEPENDENCIA POLÍTICA

La independencia política de las estructuras estatales o pre-estatales peninsulares empieza a ser conculcada por Amílcar, que derrota a sangre y fuego a iberos, tartesios y celtas, matando o ejecutando a los principales jefes tribales[2], obteniendo algunas sumisiones por la persuasión del terror, pero debiendo también someter otras regiones y ciudades por la fuerza, como Helike, en cuya campaña fue muerto por las tropas del rey de los orisios[3]. Asdrúbal debió modificar ésta política y, si bien derrotó a los que habían vencido a Amílcar para impedir la extensión de los opositores y reafirmar el poder militar de Cartago ante los iberos y su propia competencia ante las tropas, finalizó la conquista del sur y sudeste peninsular mediante el establecimiento de pactos, acuerdos que no le evitaron una muerte violenta cuando un celta[4] vengó en él las ofensas inferidas a su señor, probablemente un ibero y no un celta como dicen las fuentes, dado que la venganza indicada parece corresponder a las obligaciones de una estructura de relación gentilicia.

Las primeras campañas de Aníbal son un ejemplo del mantenimiento del dominio cartaginés mediante la fuerza. Antes del asedio de Sagunto asuela a olcades, vacceos y carpetanos, destruyendo sus ciudades e introduciendo, en el caso de Salmantis, la costumbre de exigir tributos y rehenes, extremo que no impide una sublevación de los carpetanos y oretanos mientras está empeñado en el sitio de la ciudad[5], no dudando en exterminar a toda la población una vez conquistada, más como advertencia ante futuras sublevaciones que como escarmiento de los vencidos. La inestabilidad del territorio hispano, pese al rechazo que algunas tribus como los vol-

2.- Entre ellos Istolayo e Indortas. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXV, 10.
3.- Por regla general, en la bibliografía se ha traducido y empleado Orison como nombre propio cuando la traducción correcta del texto de Diodoro es la de *rey de los orisios*. *Biblioteca Histórica*, XXV, 10, 3; 12,1.
4.- Polibio, *Historias*, II, 36,1.
5.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11.

cianos expresaron a los legados romanos por no haber prestado apoyo a Sagunto en aplicación del tratado existente, se refleja en dos hechos: la necesidad que tiene Aníbal de dejar un fuerte ejército para proteger el territorio e incluso afianzar la sumisión de las tribus mediante un hábil reparto de los efectivos que habían proporcionado a su ejército, y la necesidad de remontar el curso del Ebro para atravesar los Pirineos al norte del país de los Ilergetas, sometiendo a bargusios, ausetanos y lacetanos pero debiendo mantener un cuerpo de observación de 10.000 hombres al mando de Hannón sobre la línea del Ebro. Como no era previsible para Aníbal la maniobra de flanco que supuso el desembarco romano en Emporion, es evidente que las tropas dejadas en la Península tenían como objetivo garantizar la fidelidad de las tribus ibéricas al sur (ejército de Asdrúbal) y al norte (ejército de Hannón) del Ebro.

La inestabilidad o inexistencia de alianzas con los cartagineses se manifiesta cuando Cneo Cornelio Escipión recibe el apoyo de algunas tribus situadas al norte del río, debiendo someter sin embargo a otras comunidades. Tras la batalla de Cissis (218 a.C.) en la que son derrotados y capturados Hannón y Indíbil, los romanos reciben los primeros rehenes peninsulares pertenecientes a la tribu de los ilergetas[6]. Entrega que no impide una sublevación de esta tribu, incitada por Asdrúbal, el mismo año, aunque Cneo Cornelio Escipión pudo sofocar la revuelta capturando la capital Atanagro, exigiendo nuevos rehenes, y una reparación económica. Dicha sanción se aplica por primera vez, y también se impuso a los ausetanos –por valor de veinte talentos de plata– después de derrotar a los lacetanos, asediar su ciudad, y huir su caudillo Amusico[7]. Tampoco evitó al año siguiente la nueva sublevación de Indíbil y Mandonio[8]. Ejemplo constante de cambio de partido, los caudillos ilergetas contribuirán a la derrota de Publio Escipión en el 211 a.C.[9], pero su fidelidad a Cartago fue puesta en duda por Asdrúbal Giscón una vez finalizada la campaña al exigirles una contribución en plata y la entrega de sus hijas como rehenes[10], lo que provocó su abandono del campo cartaginés y el inicio de negociaciones con Publio Cornelio Escipión, quien aprovechó la devolución de los rehenes que estaban en su poder después de su victoria en Cartago Nova para convenir un pacto con los caudillos iberos por el que éstos se vincularon a Escipión mediante una dependencia personal (*adoratio*) que les permitió recuperar su estatus a cambio de poner sus tropas al servicio de los romanos. Tras la victoria de Baecula, Indíbil y otros caudillos iberos, como Edecón de la tribu de los edetanos, reafirmaron sus lazos de dependencia recibiendo valiosos presentes entre los que se contaron 300 caballos, regalo que debe analizarse no sólo desde el valor económico sino como un símbolo de prestigio por el significado del caballo entre las comunidades protohistóricas[11].

Los compromisos adquiridos por Indíbil con los romanos se circunscribían para él al pacto personal realizado con Escipión. Por ello, tras la falsa noticia de la muerte del general romano en el 206 a.C.[12], se considera libre del pacto, y puesto que los cartagineses ya no constituyen ningún peligro para las tribus ibéricas, se subleva intentando recobrar su independencia, hecho para el cual intenta incluso atraerse la voluntad de una parte del ejército romano amotinado por no percibir sus salarios. El ejército romano reacciona con presteza. Tras aplastar el motín remonta hasta el Ebro y derrota a los ilergetas en campo abierto, aunque perdona a los cabecillas, factor probatorio de los argumentos de los jefes ilergetas, que han guerreado no para *sublevarse*, sino para recuperar su independencia[13]. Una última tentativa en el 205 a.C. se produjo tras el regreso de Escipión a Roma, hecho que según la visión de Indíbil y Mandonio les liberaba de sus compromisos, adoptados entre caudillos militares y no entre pueblos. La visión romana fue muy diferente, y los jefes ilergetas pasaron de ser considerados representantes de sus pueblos a ser tratados de jefes de bandoleros que precisan un escarmiento definitivo concluido con la muerte de Indíbil, la captura y posterior ejecución de Mandonio, y la entrega de rehenes y contribuciones económicas. De hecho, la represión romana del 205 a.C. sirvió para que los ilergetas mantuvieran su fidelidad a Roma incluso durante la última gran sublevación acaecida el 195 a.C., hasta el punto de enviar legados al cónsul Marco Porcio Catón, entre los que figura el hijo del *regulus* Bilistages, para reclamar su ayuda ante el asedio que sufren algunas de sus ciudades, siendo la primera ocasión en que se presenta a los ilergetas como atacados en vez de agresores respecto a otros pueblos indígenas[14].

Aunque las fuentes romanas presenten sus relaciones de dominio sobre la tribus ibéricas como el resultado de un proceso continuado impelido en muchas ocasiones por

6.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61,
7.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61, 10-11.
8.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 21, 2-4
9.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 34.
10.- Polibio, *Historias*, IX, 11.
11.- Polibio*, Historias*, X, 40,10.
12.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 24, 3-4.
13.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 33; Polibio, *Historias* XI, 32.
14.- Tito Livio*, Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 11.

la marcha de la guerra contra Cartago, lo cierto es que la asunción del poder político fue sistemático tras la victoria de Cneo Cornelio Escipión en la batalla del Ebro (217 a.C.) y el posterior saqueo de las costas del Levante, cuando recibió legados de 120 pueblos que le entregaron rehenes[15]. Las subsiguientes victorias militares potenciaron el proceso como en los casos ya citados de Edecón e Indíbil, y sólo el desastre del 211 a.C. interrumpió su consolidación aunque por poco tiempo. Tras la división política efectiva de Hispania en dos provincias, Ulterior y Citerior, el año 197 a.C., todas las acciones de las tribus ibéricas serán consideradas como sublevaciones contra Roma. Por ello, Marco Porcio Catón no tiene tan sólo como misión restablecer el poder de la república en Hispania el año 195 a.C., sino asegurarse de que no pudieran llevarse a cabo nuevos intentos de rebelión. Sus decisiones, encaminadas a privar a las élites políticas ibéricas de los símbolos de su prestigio y poder: las fortificaciones y las armas, tan sólo pueden ser entendidas bajo una óptica: la de reducirles a servidumbre como indica Tito Livio[16].

LA DESTRUCCIÓN DE LAS CIUDADES

La transcendencia del poder político y la cohesión de las estructuras sociales se asientan tanto en el convencimiento del derecho a ejercerlo y en la propia cohesión del sistema ideológico que las genera, sustenta y permite desarrollarse, como en los símbolos externos que de ellos emanan y actúan como señal y recordatorio –interno y externo– de la potencia e influencia del poder que representan. La destrucción de dichos símbolos, así como de los centros administrativos o residencias de las élites, es imprescindible para minar la cohesión interna de una estructura social y provocar no sólo su derrota, sino lo que es aún más importante, su sumisión definitiva. En el ámbito del mundo clásico el objetivo primordial de la guerra no consistía en alcanzar la derrota política del adversario obtenida a través del empleo de la fuerza, sino asegurar cuando ello era posible la ocupación y anexión de nuevos territorios como base para el desarrollo social y económico del vencedor, no contemplándose más que en circunstancias excepcionales la perduración de un poder político independiente capaz de rehacer el *status quo* existente antes de la guerra. El control definitivo de nuevos territorios significaba disponer de zonas de explotación económica, exacción de recursos, y asentamiento de población suplementarias con el objetivo de mantener y potenciar un sistema económico interdependiente basado en las ideas de la sistematización económica compleja: obtención de materias primas, producción excedentaria, e intercambios comerciales a larga distancia que permitiesen la acumulación de plusvalías en beneficio tanto de las élites dominantes como del propio sistema económico del estado. Al constituir los motivos económicos la base principal de los conflictos, la independencia total o parcial de los territorios ocupados no podía conjugarse en ningún caso con las ideas expresadas, por lo que era necesaria la obtención de un triunfo definitivo que permitiera rentabilizar económicamente la guerra, tanto de forma inmediata a través del botín y las reparaciones impuestas a los vencidos, como lo que es más importante, a largo plazo.

¿Cómo se obtenía la sumisión definitiva y se evitaba cualquier intento posterior de levantamiento? Evidentemente podía recurrirse a sistemas expeditivos como el traslado forzoso o la dispersión por venta y reducción a la esclavitud de la población, pero especialmente durante el período Bárquida y la primera fase de la conquista romana, cuando todavía no se había iniciado el proceso de asentamiento de nuevos contingentes humanos, la población autóctona –o más concretamente sus remanentes– eran imprescindibles para la explotación económica, directa o indirecta, del territorio, por lo que finalizada la fase más cruenta del conflicto se permitía su presencia en el territorio aunque desprovista de una parte sustancial de los sistemas de cohesión social que le eran identitarios; controlada militarmente a través del establecimiento de puntos de observación en las cercanías de los principales asentamientos, áreas de producción y vías de comunicación, como por ejemplo los torreones o puntos fuertes de El Perenjil (Vinaroz) (Oliver 2003, *contra* Gusi 2002-2003), y Turó dels Dos Pins (Burriac) (Zamora *et alii* 2001; Zamora 2005), e incluso la fase final de Mas Castellar (Pontós) y Sant Julià de Ramis; y supeditada su producción económica a las necesidades y arbitrios del poder político-militar ocupante.

El asedio, expugnación y destrucción de ciudades tenía como principal objetivo provocar el hundimiento y la desmembración de las estructuras sociales y de poder ligada a los núcleos urbanos. Ni a Cartago, ni posteriormente a Roma, le era estrictamente necesario embarcarse en costosos asedios para asegurar su dominio sobre el territorio, puesto que las victorias decisivas se obtenían en las batallas campales, siendo por regla general la rendición de las ciudades la consecuencia de la pérdida del ejérci-

15.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 20, 3.

16.- "*Por esto el someter a los enemigos les era más dificultoso de lo que había sido para los primeros que vinieron a Hispania, porque los hispanos, por odio al dominio de los cartagineses se pasaban a los romanos, mientras que ahora Catón debía arrancarlos de la libertad a que se habían acostumbrado y reducirles a servidumbre*". Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* XXXIV, 18.



Figura 1. *Último día de Numancia.* Obra de Ramón Martí Alsina (1857).

to de campaña de los estados, dado que la desaparición de un número elevado de los miembros de una estructura política suponía la incapacidad de la misma para prolongar la lucha. Aunque no siempre dicho aserto se cumplía, siendo uno de los ejemplos más sobresalientes la negativa de Roma a entablar conversaciones encaminadas a finalizar la guerra tras su aplastante derrota en Cannae frente a Aníbal, lo que provocó la incredulidad del estratega púnico que guiado por las máximas de la guerra clásica consideraba acabado el conflicto. Cartagineses y romanos necesitaban transmitir un claro mensaje de índole política a las comunidades peninsulares. Dicho mensaje no era otro que el extender la idea de que el sistema político había cambiado, que a un conflicto bélico no le seguía ya un proceso de paz en el que los contendientes podían restañar sus pérdidas antes de volver a encontrarse en combate, sino que la guerra era ahora, aplicando la ideología de los filósofos griegos, el elemento decisivo para cambiar el sistema social imperante. Sagunto y Numancia serán pues una ejemplificación de *auctoritas*, un mensaje grabado a sangre y fuego para indicar la existencia de un nuevo orden en el territorio peninsular: la implantación de los sistemas imperiales que substituyen al antiguo orden jerarquizado tribal y/o preestatal, tal y como lo expresa Tito Livio: "*cuando se dan leyes a pueblos sometidos armas en mano, el vencedor es el dueño absoluto de aquellos que se le han rendido; dispone a su antojo de aquello de lo que quiera apoderarse o dejarles*"[17]. Ante él, no cabe otra solución que la sumisión absoluta.

Por ello, los objetivos de los asedios carecen de una clara funcionalidad militar, pero no de una perfecta visión estratégica de la geopolítica de Iberia. El sitio se plantea con la convicción de que la caída de una ciudad importante arrastrará al resto de los asentamientos que integran una estructura territorial en el caso que no hayan sido ocupados por el ejército invasor o, con mayor probabilidad, abandonados por sus habitantes, puesto que el esfuerzo necesario para intentar encarar con éxito una guerra de asedio compleja como la realizada en la península Ibérica tan sólo puede realizarse a partir de la concentración de recursos materiales y humanos en los núcleos de población principales que son, lógicamente, aquellos que cuentan con un sistema poliorcético más avanzado y adaptado a los usos de la guerra compleja. La capital erigida como símbolo de un poder arrastra en su caída al propio poder que la elevó, privando al sistema social de su elemento de unión esencial, destruyendo así la estructura político-territorial a la que pertenecía. El nuevo orden político no se contenta además con la rendición o entrega de la ciudad, necesita transmitir su presencia dominante mediante la expugnación y la destrucción, extendiendo con el relato de la acción cruenta el terror entre las poblaciones cercanas a la arrasada, mermando así, en un ejercicio básico de guerra psicológica, la voluntad de resistencia y facilitando la realización de ulteriores campañas. La idea del pánico al enemigo es frecuente en las guerras protohistóricas peninsulares; baste recordar a modo de ejemplo las disposiciones adoptadas por las jefaturas políticas de las tribus del nordeste peninsular ante el exordio realizado por Catón el 195 a.C. por el que conminaba la destrucción de las fortificaciones, o la confianza de los lacetanos al ver avanzar sobre ellos a los suesetanos a los que habían derrotado en múltiples ocasiones, y como éstos huyeron tan sólo con oír su grito de guerra.[18]

No es casual por tanto que el asedio de las ciudades, por la dificultad que representa emprenderlo, y el elevado coste económico y humano que supone para los asaltantes, finalice en la mayor parte de los casos con el saqueo de la plaza conquistada, puesto que a la destrucción se sumaba la humillación que suponía para el vencido pasar junto a sus bienes a la propiedad del vencedor. El botín aumentaba con la toma y rapiña de los campamentos y las bases de operaciones de los ejércitos de campaña en los que se guardaban los bagajes de las tropas y el tren de campaña del ejército, aunque su repercusión, más allá del elemento simbólico que significa el desposeer de sus bienes a la élite militar de un sistema político-territorial, y de recursos a un ejército derrotado socavando así su cohesión interna y la posibilidad de que se reorganizara y volviera a ser una fuerza de combate efectiva, es mucho menor que la provocada por la expugnación de una ciudad.

17.- Tito Livio: *Historia de Roma desde su fundación* XXXIV, 57, 7.
18.- Tito Livio, XXXIV, 20.

Las derrotas en campo abierto formaban parte de la filosofía de la guerra, en la que se asumía sin menoscabo de la autoridad y prestigio de los comandantes la posibilidad de la derrota cuando no dependía de un triunfo militar, al entenderse que era inherente a la propia concepción de la lucha, y la suerte de las armas cambiante. Indíbil y Mandonio, derrotados repetidamente en sus enfrentamientos con el ejército romano, ya sea en calidad de aliados de Cartago o al mando de ejércitos tribales o coaligados, no por vencidos pierden la dirección de las tropas, y será la realidad política derivada de su último desastre militar la que determine su fin, no como resultado de un movimiento interno en el seno de su grupo político-social, sino por la presión romana.

Las actuaciones de los grandes ejércitos estatales no difieren en la Península de la práctica de la guerra compleja en el Mediterráneo central y oriental, donde la destrucción de una ciudad se consideraba un acto ajustado al derecho de la guerra expresado por Jenofonte: "*Es una ley universal y eterna que, en una ciudad tomada a enemigos en estado de guerra, todo, las personas y los bienes, pertenecen al vencedor*"[19]; Platón: "*Todos los bienes de los vencidos pasan a manos de los vencedores*"[20]; y Aristóteles: "*Aquello que se toma en la guerra pertenece al vencedor*"[21], lo cual es lógico puesto que el filósofo opinaba que la guerra era un medio legítimo de adquisición de bienes, ya fuera mediante la victoria, el botín, o la toma de una ciudad[22]. Si una ciudad adoptaba la decisión de resistir hasta el límite de su capacidad, o bien desoía las propuestas y condiciones de entrega realizadas por el sitiador, desdeñando un acuerdo que permitiera según los casos la salvaguarda de bienes y/o personas, el vencedor estaba en su derecho de destruir la ciudad y tomar de ella todo lo que pudiera, como muestra la invectiva de Darío a las ciudades de la Jonia: "*Jonios, ahora muéstrese cada uno benefactor de la casa real; cada cual procure apartar a sus súbditos del resto de sus aliados. Anunciadles y prometedles que no padecerán disgusto alguno por su sublevación, que ni abrasaremos sus templos, ni sus casas particulares, ni se hallarán en nada peor que antes se hallaban. Pero si no lo hacen y a todo trance se empeñan en entrar en batalla, les amenazareis ya con lo que realmente les espera: que, derrotados en la batalla, serán vendidos como esclavos, que haréis eunucos a sus hijos, transportaremos sus doncellas a Bactria y entregaremos a otros sus territorios*"[23].

El saqueo y la reducción a la esclavitud de los vencidos fue ejecutado por Atenas tras la conquista de Scion y Melos durante la Guerra del Peloponeso (422 y 416 a.C.)[24], aunque la *Ekklesia* ateniense modificó en ocasiones el destino de los vencidos, por ejemplo tras la toma de Mitilene el 426 a.C. donde la amenaza de ejecución de todos los hombres adultos y la venta como esclavos de las mujeres y los niños sólo se llevó a cabo en los considerados responsables de la sublevación contra Atenas, manteniéndose salvas vida y libertad para el resto de la población[25]. Ejecuciones masivas fueron ordenadas también por Archidamos de Esparta sobre la ciudad de Cariai el 368 a.C., sin distinción de sexo y edad[26]. La práctica del exterminio masivo alcanzó sus mayores cotas durante las guerras entre Cartago y Siracusa, y las luchas entre las poleis siciliotas para establecer o suprimir las tiranías. Tras la caída de Selinunte el 409 a.C. los mercenarios cartagineses desataron el horror, masacrando a 16.000 personas y vendiendo como esclavos a 5.000: "*siguiendo la costumbre de su pueblo mutilaron los cadáveres, unos llevaban un cinturón de manos alrededor del cuerpo, otros cabezas en la punta de sus jabalinas*", según Diodoro Sículo[27]. El mismo año, las tropas recorrieron Himera a sangre y fuego hasta que Aníbal detuvo la carnicería y entregó mujeres y niños a sus soldados, reservándose tan sólo 3.000 prisioneros que condujo al emplazamiento de la derrota de Amílcar para vengarle ejecutándolos[28], demostrando así que el rendimiento político del exterminio sobrepasaba los intereses comerciales de la guerra. La guerra psicológica hizo mella en el ánimo de la población de Agrigento y Gela que huyó en masa, siendo asesinados los que se quedaron atrás, no respetándose ni el asilo en los templos, ejemplo tradicional de salvaguarda. La culminación de la expugnación consitía en arrasarla totalmente entegrándola al fuego y destruyendo sus fortificaciones. Aníbal arrasó Himera en el 409 a.C.; Himilcón mandó destruir Mesina en el 396 a.C., Mardonio Atenas ante el avance de los coaligados griegos; y Escipión Emiliano Cartago con un falso halo de remordimiento y melan-

19.- Jenofonte: *Ciropedia*, VII,5,73.
20.- Platón: *Las leyes*, I, 626.
21.- Aristóteles: *La política*, I, 6,1.
22.- Aristóteles: *Ética*, 1160.
23.- Herodoto: *Los nueve libros de la Historia*, VI, 9.
24.- Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, V, 32; V, 116.
25.- Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, III, 50.
26.- Jenofonte, *Helénicas*, VII, 1,28.
27.- *Biblioteca Histórica*, XIII, 57, 1-5.
28.- Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIII, 62, 3-4.

colía recordando la caída de Troya, según el tributo interesado de Polibio.

Cartago y Roma rivalizarán en crueldad durante los asedios en la Península, cuando la superioridad numérica y técnica les asegure el triunfo. Aníbal expugnó las ciudades de Althea[29], Arbucala[30], Salmantis[31], Cartala[32], Hermandica[33], y Sagunto[34], saqueando Salmantis y Cartala, aunque en el primer caso permitió la salida de sus habitantes que conservaron también una túnica, mientras que en el segundo aplicó a fondo los principios de la guerra psicológica, provocando el terror en otras ciudades de la región cuando se difundieron las notícias de su total destrucción. Una práctica que César extenderá también durante la conquista de la Galia, al destruir todos los recursos económicos, aldeas, granjas y ciudades, como fórmula para obtener la sumisión total del país y forzar a los galos a la rendición (Gilliver 2005), sistema que Tácito resumirá en la frase: "*crear un desierto para obtener la paz*".

Representativo de la política bárquida en la Península, el sitio de Sagunto presenta las características generales de un asedio destinado en principio a resolver un supuesto problema territorial, pero también a proveer de fondos al ejército para futuras campañas debido a su pujanza económica: "*Esta ciudad era en mucho la más opulenta de las situadas allende el Ebro, emplazada cerca de una milla del mar. Sus habitantes pasan por oriundos de Zacinto, mezclados con algunos rútulos de Ardea. Pero en breve tiempo habían alcanzado una gran opulencia, sea por su comercio de mar y tierra, sea por el aumento de población o por la fuerza de su disciplina, que les hizo guardar la fidelidad debida a los aliados hasta su ruina*"[35], y cuya fama servirá a Aníbal para revitalizar a sus tropas en lo más duro del asedio, al prometerles el botín conseguido[36]. Intentó también un acuerdo similar al de Salmantis, exigiendo a cambio de las vidas la entrega de todo el oro y la plata, y la reubicación en un territorio elegido por el vencedor, aunque en último término optó por masacrar la ciudad: *"¿Quién podía ser perdonado de unos hombres que, o encerrados con sus mujeres e hijos se quemaron en sus propias casas, o con las armas en la mano no ponían otro término a la lucha que la muerte?*". Todos los hombres en edad de portar armas fueron pasados a cuchillo aunque la matanza se extendió sin distinción a habitantes de todas las edades, quedando los supervivientes en poder de los soldados para ser vendidos como esclavos, y se envió un cuantioso botín a Cartago[37]. Una práctica acorde con los usos de la guerra en el ámbito Mediterráneo (Hoffner 2002), aunque no existen documentos sobre otros tipos de reducción a esclavitud por motivos de supervivencia entre los asediados.

Con la excusa de vengar la traición de los iliturgitanos tras la derrota de los Escipiones el 212 a.C., Publio Cornelio Escipión asedió Iliturgis instando a sus tropas a combatir con mayor denuedo que contra los cartagineses para satisfacer la venganza, por lo que los soldados romanos recorrieron la ciudad matando a todos sus habitantes sin discernir sexo o edad en sus víctimas: "*entonces sí que quedó patente que el ataque a la ciudad era debido a la rabia y el odio. Nadie pensó en coger prisioneros, nadie pensó en el botín a pesar de que todo se ofrecía al saqueo; degollaron indiscriminadamente a los que tenían armas y a los que estaban desarmados, a las mujeres y a los hombres; en su airada crueldad llegaron a dar muerte a los niños de corta edad. Después prendieron fuego a las casas y arrasaron lo que no podía ser consumido por las llamas, tales ansias tenían de borrar incluso las huellas de la ciudad y hacer desaparecer el recuerdo del lugar donde residían sus enemigos*"[38]. La razón del ensañamiento es el terror que se creaba entre el vencido para impedirle reagruparse y luchar de nuevo. El horror vivido servía para impedir cualquier nueva acción contra una tropa de la que se conocían ya tanto su ferocidad como los extremos de crueldad a los que podía llegar.

El resultado inmediato del encarnizamiento en Cartago Nova fue la rendición de Cástulo, donde el ibero Cerdubelo pactó con los romanos, y les entregó la guarnición cartaginesa mandada por Himilcón. No se trata de un caso aislado. Durante el asalto a Cartago Nova el 209 a.C., cuando las tropas consiguieron entrar en la ciudad, Escipión lanzó a sus hombres contra los habitantes sin concederles cuartel con el mismo objetivo: causar el terror para provocar la rendición de los defensores de la ciudad: *"Destacó la mayor parte contra los vecinos, según costumbre, con orden de matar a cuantos encontrasen, sin dar cuartel a ninguno ni distraerse con el saqueo antes que se diese la señal.*

29.- Polibio, *Historias*,III, 13,5
30.- Polibio, *Historias*, III, 14, 1.
31.- Polibio, *Historias*, III, 14, 1; Polieno, *Estratagemas*, VII, 48; Plutarco, *Virt.Mul*, 248.
32.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 5, 2.
33.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 5, 2.
34.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 7-14; Zonaras VIII, 21; Apiano, *Iberia* 10; Floro, I, 22,3; Orosio, IV, 14.1.
35.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 7.
36.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11.
37.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 14.
38.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 20, 6-7.

En mi opinión obran así para infundir terror. Por eso se ha visto muchas veces que los romanos, en la toma de las ciudades, no sólo quitan la vida a los hombres, sino que abren en canal los perros y destrozan a los demás animales; costumbre que con especialidad observaron entonces, por el gran número que habían cogido (…) tomada la ciudadela se dio la señal para que cesase la carnicería y se entregaron al saco"[39]. Finalizado el combate, de los 10.000 prisioneros tomados, devolvió la libertad a los ciudadanos, pero envió al remo a todos los jóvenes y los esclavos sanos, reservando bajo la categoría de *esclavos del pueblo romano* a 2.000 artesanos y trabajadores especializados. La clemencia es un gesto de raíz política más, destinado a socavar la influencia cartaginesa, y ligada al episodio de la liberación de rehenes iberos y celtíberos que tuvo lugar al mismo tiempo.

No obstante, la descripción de la acción (*diripio*) por Polibio, pese a su crueldad, se ha considerado un ejemplo del sistema romano de saqueo de las ciudades conquistadas, cercano al concepto helénico de la guerra (Walbank 1967), y diferente, según A. Ziolkowski (1993) de los más académicos relatos de Tito Livio, realizados ambos desde una perspectiva favorable a la actuación de los ejércitos romanos, puesto que se reservan los peores epítetos para la descripción del compartamiento de los cartagineses en las ciudades conquistadas, como en el caso de Victumulae, expugnada por Aníbal el 218 a.C.[40]. Las fases del modo romano de saqueo incluirán, por orden, la masacre, el pillaje y la distribución del botín, siguiendo en muchos casos un claro concepto de espíritu de cuerpo puesto que el producto de las rapiñas era distribuído posteriormente por los tribunos, al estar el saqueo regulado para que todos los soldados pudieran beneficiarse por igual. Así, una parte de la tropa permanecía en alerta mientras que el resto se dedicaba al pillaje una vez la trompeta indicaba el fin de la carnicería. Lo obtenido era subastado entre los mercaderes de origen romano que seguían al ejército, pero también se admitía en la puja a comerciantes locales (Goldsworthy 2005, 64-65).

Los relatos del terror romano se extendieron por el sur de la Península. Tras una feroz resistencia, los habitantes de Orongis intentaron rendirse a Lucio Escipión el año 207 a.C., pero fueron igualmente masacrados: "*Los habitantes cogieron miedo a que el enemigo, en caso de penetrar en la ciudad, degollase a mansalva a todo el que encontrase, cartaginés o hispano, indiscriminadamente. Abriendo pues repentinamente la puerta, se echaron en masa fuera de la ciudad poniendo los escudos por delante por si les disparaban venablos desde lejos y mostrando desnudas las diestras para que se viera bien que habían arrojado las espadas. No se sabe con certeza si la distancia impidió captar bien esta circunstancia o si se sospechó una trampa; se cargó con saña contra los tránsfugas y fueron destrozados como si fuera una formación que presentaba batalla*"[41], por lo que al año siguiente, cuando Lucio Marcio Séptimo se dirigió contra Astapa, ciudad acusada de apoyar a los cartagineses, asaltar a los mercaderes, y dar muerte a los soldados extraviados[42], los astapenses decidieron inmolarse, y los romanos no pudieron capturar esclavos ni botín, pereciendo entre el fuego los soldados que quisieron rescatar de las llamas el oro y la plata que se fundía ante sus ojos[43].

El análisis de las fuentes indica que los asedios fueron constantes a partir del 218 a.C. Cneo Cornelio Escipión expugnó todas las ciudades que le negaron sumisión durante su marcha hacia el Ebro[44], tomó Cissis[45] tras derrotar a Hannón[46], y finalizó su conquista mediante la rendición de Atanagro y la capital de los suesetanos[47]. Al año siguiente, sus tropas tomaron y saquearon Onusa, devastaron los campos y las aldeas cercanas a Cartago Nova, los depósitos de Longuntica, y en las Baleares los campos próximos a Ebusus[48]. En el 216 a.C. puso sitio a Hibera, aunque no llegó a tomarla puesto que Asdrúbal replicó con un contraasedio que le obligó a levantar el sitio. La maniobra contraria la realizan los romanos en el 215 a.C. obligando a Asdrúbal, Magón y Amílcar a desbloquear Iliturgis[49]. Al año siguiente, como venganza por el papel jugado por los turdetanos en la toma de Sagunto, el ejército romano arrasó su capital y exterminó a sus habitantes[50].

Los asedios continuaron a lo largo de las guerras del siglo II a.C. El 195 a.C. Marco Helvio mandó degollar a todos los jóvenes en edad de combatir capturados en

39.- Polibio, *Historias*, X, 12.1.
40.- Tito Livio, XXI, 57, 13-14.
41.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 3,11.
42.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 22.
43.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XVIII, 22,7-11.
44.- Polibio, *Historias*, III, 76,2.
45.- La toma de Cisis no reportó grandes beneficios a las tropas romanas puesto que el botín obtenido fue de baja calidad, consistente en "*ajuar bárbaro y esclavos miserables*".
46.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 60.
47.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.
48.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 20, 3.
49.- Tito Livio, *Ab Urbe Condita*, XXIII, 49, 15.
50.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 41. Zonaras, IX, 3,8.

la toma de Iliturgis[51], y Catón ajustició o vendió a los bergistanos sublevados tras tomar su ciudad[52], iniciando una serie de acciones que culminarían en la ordalía de Numancia el 133 a.C.

LA DESTRUCCIÓN DE LOS RECURSOS ECONÓMICOS

Estructuralmente, la planificación y desarrollo de la guerra son indisolubles de los sistemas económicos. La guerra compleja que despliegan y ejecutan los ejércitos tribales y estatales precisa de la movilización de un elevado número de hombres, lo que comporta a su vez una gran complejidad en el sistema logístico destinado a asegurar tanto el pago de las tropas como su avituallamiento. Especialmente durante la realización de campañas en territorio hostil, la disponibilidad de recursos era imprescindible para mantener la moral y el espíritu de combate de la tropa, existiendo dos opciones: el saqueo sistemático (en ocasiones requisa o compra) de productos sobre el terreno, o el acarreo de suministros desde las bases de los ejércitos. Ambos casos plantean serios problemas. En el primero, los contingentes pueden verse obligados a atravesar territorios en los que se haya aplicado la táctica de tierra quemada, destruyendo intencionadamente todo aquello que pudiera servir de avituallamiento a un invasor, y concentrando los recursos alimentarios al abrigo de las fortificaciones de los principales oppida, obligando por tanto a un sitio para obtenerlos; o, simplemente, la productividad de una región podía ser insuficiente para alimentar a los contingentes de un ejército en campaña. Si se producía una falta de suministros, la capacidad de combate de la tropa disminuía, al tiempo que su moral y la confianza en los mandos, por lo que en una estructura militar en la que buena parte de las tropas eran mercenarias o aliadas contingenciales, una intendencia deficiente comportaría el aumento de las deserciones y la reducción de efectivos.

En el segundo caso, el acarreo de alimentos desde los cuarteles de invierno, los problemas no son menores. Tanto si se opta por transportar las vituallas junto al ejército, como si se prefiere establecer un sistema de convoyes que siga y reavitualle a las tropas, los problemas de coordinación y transporte son inmensos, entendiendo también que debe asegurarse la línea de comunicaciones para permitir el paso de los convoyes, lo que supondría reducir drásticamente la masa de maniobra del ejército y, muy especialmente, un cambio en el tipo de operaciones desarrollado en el ámbito peninsular, pasando de la incursión con objetivos estratégicos específicos, a la ocupación y conquista paulatina de un territorio. Es decir, una guerra de frentes cuya ejecución en el espacio y tiempo estudiados es indemostrable.

En razón de la dificultad para asegurar los suministros, del estudio de la duración de las campañas militares en la Protohistoria se constata una división del año en dos grandes períodos por lo que respecta a la actividad bélica: la campaña militar propiamente dicha, iniciada en primavera y finalizada en otoño; y la etapa invernal, en la que las tropas regresaban a sus cuarteles de invierno, con la única excepción de los asedios de las ciudades. La razón para realizar las campañas durante el buen tiempo estriba en la facilidad de movimientos al no existir graves condicionantes climatológicos, y a la posibilidad de alimentar a las tropas sobre el terreno ocupado apoderándose de las cosechas, en palabras de Jenofonte: "*frecuentemente en tiempos de guerra es más seguro obtener los alimentos con las armas en la mano que empleando el arado*"[53].

En el modelo de guerra occidental, un ejército en marcha se avituallaba esencialmente de los suministros que pudiera rapiñar en el territorio por el que transitaba, práctica que se endurecía cuando se encontraba en territorio enemigo: "*pero si llegamos a un sitio y no nos venden, ya sea tierra de los bárbaros, ya de los griegos, tomamos lo que nos hace falta, no por licencia, sino por necesidad. Así hemos hecho la guerra a los carducos, taocos y caldeos, gente muy temible y que no son súbditos del rey, porque era preciso tomar lo necesario, ya que no querían vendérnoslo. En cambio, a los macrones, que se prestaron a ello en la medida de sus recursos, les hemos tenido por amigos y nada les tomamos por la fuerza*"[54], puesto que la requisa de productos y la destrucción de los recursos económicos no sólo significaban un beneficio a corto plazo para el que se apropiaba de ellos, sino un perjuicio para el enemigo, obligado a reorganizar sus estructuras de producción económica finalizado el conflicto; e incluso podía emplearse como sistema para povocar su rendición al destruir la totalidad de sus recursos económicos. En función de ello era frecuente que a una guerra siguiera un período de crisis económica cuyas consecuencias minaban la autoridad del poder político. Los conflictos entre las *poleis* griegas se distinguieron especialmente por la brutalidad de éstas prácticas. La

51.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 10.
52.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 21.
53.- Jenofonte, *Oeconomicus*, V, 13.
54.- Jenofonte, *Anábasis*, V, 1.

invasión del Ática por Archidamo el 431 a.C. provocó una destrucción superior a la ocasionada por la invasión persa del 480 a.C., siendo práctica común la repetición de dichas incursiones hasta la posterior crisis de Esfacteria: *Los más jóvenes no habían visto nunca un espectáculo parecido, pero tampoco los más viejos, salvo en la época de las guerras médicas*"[55]. Las destrucciones sistemáticas movieron a Platón a reflexionar sobre la necesidad de prohibir la devastación de los campos y el incendio de las casas en los usos de la guerra[56], puesto que dicha práctica se había convertido en un recurso básico de la estrategia militar (Chandezon 1999).

Para cuantificar el volumen de requisas y suministros es necesario conocer dos datos esenciales: el tamaño de los ejércitos y la reglamentación de las raciones alimentarias fijadas para cada contingente (Harvey 1986), pero es difícil establecer las necesidades de suministros de un ejército de la antigüedad en campaña puesto que la información sobre alimentos para la tropa y las monturas no siempre se ha conservado en las fuentes, y, aunque a modo de ejemplo pueda indicarse que el tren de bagajes de la expedición de Ciro constaba de 400 carros, y que en base a las cifras de Herodoto el ejército necesitaría para subsistir 110.340 *medimnoi* de trigo diarios, entendiendo que cada soldado recibiera tan sólo un *quénice* de trigo diario, y ello sin contar la alimentación de los civiles que seguían al ejército[57], dichas cifras no son en absoluto extrapolables.

Las prácticas de la requisa y la esquilmación de los campos se llevaron a cabo con profusión en las guerras que tuvieron lugar en la península Ibérica. Durante su campaña contra los iberos en el nordeste peninsular el año 195 a.C. Marco Porcio Catón despide a los abastecedores romanos indicándoles que la guerra se alimentaba a si misma (*bellum se ipsum alet*)[58]. La sentencia del cónsul, en caso de ser cierta, era arriesgada al suponer la alimentación de un ejército de 26.000 hombres, 800 monturas, y los animales de tiro de la impedimenta. Aún conviniendo que en campaña sería difícil cumplir con las rigurosas especificaciones de las ordenanzas romanas[59], una proyección teórica implica unas necesidades anuales cifradas en 1.674.000 modios de trigo (15.484,5 Tm) y 403.200 modios de cebada (3.729,6 Tm), cuyo valor se cifra en 5.022.000 sextercios para el trigo y 1.209.600 sextercios para la cebada. Es cierto que Catón llega a Emporion en la época en que los iberos tenían el trigo en las eras[60] y que puede suponer por ello que las requisas le permitirán alimentar a su ejército, pero ésta premisa no es aplicable a otros contingentes militares.

Según se desprende de las fuentes clásicas, las reservas alimentarias de Hispania parecían inagotables. En el 218 a.C., el ejército y la flota de Cneo Cornelio y Publio Escipión necesitaban 738.000 modios de trigo (6.826 Tm) por valor de 2.211.786 sextercios y 352.800 modios de cebada (3.263 Tm) valoradas en 1.057.341 sextercios, a los que deben sumarse 1.512.000 modios de cereal para los marinos y soldados embarcados en las naves, por un valor total de 4.531.464 sextercios, lo que implica un coste global anual para el mantenimiento de la expedición de 7.800.591 sextercios que, en su práctica totalidad, debían ser aportados por el erario romano. El ejército de refuerzo enviado bajo el mando de Marcelo tras la muerte de los Escipiones (210 a.C.) precisaría consumir 792.000 modios de trigo (7.326 Tm) valorados en 2.373.624 sextercios y 504.000 modios de trigo (4.662 Tm) equivalentes a 1.510.488 sextercios, para un total de 3.884.112 sextercios, cantidad a la que habría que añadir los montantes y valor de los suministros para los restos del ejército vencido reagrupados por Lucio Marcio. Durante las primeras fases de la guerra, una parte considerable de los suministros debía llegar desde la península Itálica con los peligros que ello entrañaba, puesto que, por ejemplo, en el 217 a.C., unas naves de transporte romanas procedentes de Ostia fueron capturadas por la armada cartaginesa cerca del puerto de Cosa[61], por lo que no es de extra-

55.- Tucídides. *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 21.
56.- Platón, *La República*, 469.
57.- Herodoto, *Los nueve libros de la Historia*, VII, 184-188.
58.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 9.
59.- La ración alimentaria de las legiones romanas estaba formada, en esencia, por harina de trigo preparada de diversas formas: *panis militaris, panis militaris mundus* y *panis castrensis*, salazón de carne, tocino y queso, constituyendo una dieta similar a la de las clases bajas de la población de Roma. Galieno (VI, 507), Celso, (2,18,4); Polibio, *Historias*, VI, 38,6; y Apiano, *Illyria*,26, indican que el trigo era el único cereal que podían consumir los soldados, dado que la distribución de cebada como alimento básico para la tropa se consideraba un castigo. Polibio, *Historias*, VI, 39,13-14 cifraba la alimentación básica de un legionario: "*la ración de trigo de un soldado de infantería es de dos terceras partes de un medimno ático, y la de un jinete, de siete medimnos de cebada y dos de trigo mensuales. Entre los aliados, los soldados de infantería recibían lo mismo que los romanos, mientras que los jinetes tan sólo cuatro terceras partes de un medimno de trigo y cinco medimnos de cebada*". A modo de comparación, la ración de un esclavo urbano en el siglo II a.C. era, según Plauto (*Persa*, 471) de dos panes, mientras que Catón, en el mismo período indica unas raciones de 660 grs de trigo por día en invierno y 999 grs en verano para trabajos no pesados, mientras que los esclavos que realizaban un ejercicio físico pesado podían recibían entre 1.309 y 1.367 grs diarios, cifras que no están muy alejadas de los 865 grs por día reflejados por Polibio para la tropa.
60.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*,XXXIV, 9; XXXIV, 16,3.
61.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 11,6.

ñar la alegría del campamento romano en Tarraco cuando Publio Cornelio Escipión consiguió llegar el mismo año con una flota de aprovisionamiento y refuerzos[62], aunque la falta de suministros fue endémica[63]. Por el contrario es significativo de la capacidad productora de la Península que en el 203 a.C., apenas finalizada la guerra en Hispania, Marco Valerio Falto y Marco Fabio Buteo pudieran ya enviar a Roma grandes cantidades de trigo para su distribución en los barrios más desfavorecidos de la ciudad a cuatro ases el modio para paliar la escasez de abastecimientos[64].

Es evidente que la unión entre los dos datos sólo puede suponer una explicación: la obtención del control de los recursos agrarios de las comunidades ibéricas, considerada como exdentaria a partir del siglo V a.C. El mejor sistema para alimentar al ejército en campaña consistía en establecer depósitos de trigo en plazas fortificadas, disposición básica en una guerra como la sostenida en la Península, donde la estrategia principal consistía en realizar incursiones en territorio enemigo mediante un sistema de marchas y contramarchas que indujera al adversario a plantear batalla en campo abierto con la esperanza de derrotarlo completamente y terminar el conflicto. Por ello, Asdrúbal tenía un depósito de cereal y provisiones en Ascua en el 217 a.C.[65], y los Escipiones otro en Castro Albo el 212 a.C.[66], aunque era en las bases principales, Tarraco y Cartago Nova[67] donde se guardaban los mayores depósitos al ser los lugares de invernada. Tras la toma de la base púnica, el inventario de cereal capturado incluyó 400.000 modios de trigo y 270.000 de cebada, así como varias naves cargadas de trigo[68], hasta el extremo que Tito Livio indica que la toma de la ciudad casi fue lo menos importante ante la abundancia del material de guerra capturado.

Otra práctica habitual era exigir suministros a las comunidades aliadas o sometidas, como en el caso de la sublevación ilergete del 205 a.C. a cuyo término los romanos impusieron la entrega, no sólo de un *stipendium* doble, sino también de trigo para seis meses, y túnicas y togas para el ejército[69]. Pese a la posibilidad de exigir suministros, la práctica más habitual, como se ha indicado, era tomarlos procediendo a la siega de los campos cuando la mies estaba crecida, una práctica que también realizaban las tribus ibéricas como la de los saguntinos en el territorio de los turbuletas, la causa esgrimida para el asedio de la ciudad[70]; los ilergetas, animados por Asdrúbal, sobre los pueblos de la costa del nordeste peninsular que habían establecido pactos con los romanos después de su desembarco[71]; o de nuevo los ilergetas en el 206 a.C. al devastar los campos de los suesetanos y sedetanos[72]. Las referencias a la tala de los campos y la acción de los forrajeadores son constantes en las fuentes desde la acción de Asdrúbal contra los tartesios de Chalbo el 216 a.C.[73] hasta las incursiones sobre el territorio de los indiketas ordenado por Catón el 195 a.C., aunque era una misión no exenta de peligro, puesto que los forrajeadores de Cneo Cornelio Escipión fueron sorprendidos y aniquilados por Asdrúbal en las proximidades del Ebro el 218 a.C.[74], y los enviados por Publio Cornelio a recorrer los campos durante su avance al sur del Ebro en el 214 a.C. corrieron la misma suerte[75].

EXIGENCIA DE CONTRIBUCIONES

La guerra económica no se circunscribe a la rapiña y destrucción del sistema de producción y las reservas alimentarias estratégicas del enemigo, sino que puede adquirir un componente permanente mucho más lucrativo para el vencedor: el establecimiento del pago de contribuciones. Ya sea como resultado inmediato de un combate tras el que se exigen reparaciones económicas al vencido con el objetivo de que asuma los costos de la guerra y restañar la inversión realizada por el vencedor en la campaña; o mediante la definición de una serie de entregas periódicas de productos manufacturados, materias primas y numerario, el territorio vencido y su estructura económica, pasan a depender del albedrío de la potencia ocupante, que inicia sistemáticamente un proceso de exacciones destinado a beneficiarse económicamente de los nuevos territorios ocupados, consiguiendo también a partir de las contribuciones que las comunidades vencidas –sus

62.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 22.
63.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 48,4.
64.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXX, 26,5.
65.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 27.
66.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 41
67.- En época de Amílcar Barca la principal base púnica era Akra Leuke. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, 25,10.
68.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 47,8-9.
69.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIX, 3,5.
70.- Polibio, *Historias*, III, 15,7. Apiano, *Iberia*, 10.
71.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.
72.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 24.
73.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 26.
74.- Polibio, *Historias*, III, 76,1. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.
75.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 41.

sistemas políticos– no puedan almacenar el excedente de producción y los recursos necesarios para financiar una revuelta contra el ocupante romano. El sistema económico quedará pues supeditado a las directrices de la administración militar (y posteriormente política a partir del 197 a.C.) como demuestran las protestas que los agricultores de la Citerior realizan ante el senado romano el año 171 a.C. que suponen el envío a la Península del pretor Lucius Canuleius para resolver el problema del precio del trigo pagado por la administración provincial romana a los agricultores iberos.

La exigencia de contribuciones a las tribus y ciudades iberas y celtiberas se inicia durante la campaña de Aníbal contra Salmantis, a la que exige 300 talentos de plata y 300 rehenes para levantar el asedio, petición que al ser rechazada[76] provocará el saqueo de la ciudad. Antes de la campaña contra Sagunto, exigirá y obtendrá tributo de las ciudades de los olcades tras saquear su capital, Cartala[77]. Poco después de su desembarco, Cneo Cornelio Escipión exigirá contribuciones en dinero a los ilergetas después de la rendición de su capital, Atanagro, y a los suesetanos, tras asediar igualmente su capital[78]. No obstante, durante la primera fase de la conquista romana, las exigencias fueron reducidas debido al interés del ejército romano por distanciar a las tribus ibéricas del dominio cartaginés. Y ello pese a que la falta de abastecimiento les impelía, como en el 215 a.C. cuando Publio y Cneo Cornelio Escipión comunican a Roma que debido a la escasez de dinero no pueden obtener trigo para alimentar a las tropas, ni pagarles la soldada[79]. La exigencia de dinero a los pueblos tenidos como aliados mediante pactos de amistad supuso en diversas ocasiones la ruptura de los acuerdos existentes, al no entender los caudillos ibéricos que se dudase de la lealtad empeñada con un pacto personal. La insistencia de Asdrúbal Giscón para asegurarse la lealtad de Indíbil mediante la entrega de una gran cantidad de plata y rehenes, fue la causa de su ruptura y paso al bando romano[80].

Si consideramos ciertas las cifras reseñadas en las fuentes clásicas, la potencialidad económica del territorio peninsular fue perfectamente aquilatada por Roma desde el inicio de su presencia militar. La suma de los botines de guerra obtenidos de los ejércitos y plazas cartaginesas vencidas permitieron a Publio Cornelio Escipión entregar 14.342 libras de plata y una gran cantidad de plata sin acuñar al erario a su regreso a Roma en el 206 a.C., aunque debe recordarse que sólo en la toma de Cartago Nova, el botín ascendió a 276 pateras de oro de una libra de peso, 18.300 libras de plata trabajada o acuñada, y un gran número de vasos de plata, por lo que, en principio, debe suponerse que los gastos de mantenimiento del ejército en los tres años siguientes se sufragaron en gran parte a costa de lo capturado, dado que el montante de lo entregado al erario romano es netamente inferior a lo consignado en el botín de la ciudad[81].

La exigencia de contribuciones se convertiría en impuesto regular (*stipendium anni*), en ocasiones doblado como en el caso de las reparaciones exigidas a los ilergetes después de la sublevación en el 205 a.C. Finalizado el principal período de conflictos, las fuentes registran cómo a partir del 200 a.C. tiene lugar el inicio de un saqueo sistemático de los recursos económicos de las estructuras políticas ibéricas al exigirse y obtenerse bajo el amparo de la fuerza contínuas exacciones destinadas en su mayor parte a potenciar la influencia política y social en Roma de los mandos militares destinados en Hispania. Así, el procónsul Lucio Cornelio Léntulo aportará como botín 43.000 libras de plata y 2.450 libras de oro en 200 a.C., Lucio Manlio Acidinio ingresará el 198 a.C. 1.200 libras de plata y 30 de oro, producto de sus campañas en la Hispania Ulterior; Cneo Cornelio Blasio regresó en el 197 a.C. de la Hispania Citerior con 1.515 libras de oro, 20.000 de plata y 34.550 libras de plata acuñada, mientras que el mismo año, Lucio Stertinio volvió a Roma desde la Ulterior con 50.000 libras de plata, pudiendo erigir con su parte del botín dos arcos honoríficos en el *Forum Boarium* y uno ante el *Circo Máximo* ornados con estatuas doradas[82]. El saqueo continuó en el 195 a.C. una vez sofocada la rebelión, Marco Helvio ingresó en el erario 14.732 libras de plata en lingotes, 17.023 libras de plata acuñada con la biga, y 119.439 de plata oscense, mientras que su sucesor Quinto Minucio pudo regresar a Roma con 34.800 libras de plata, 73.000 marcadas con la biga y 278.000 de plata oscense. Catón, vencedor de los iberos en el 195 a.C., exprimió también la provincia con impuestos sobre las minas de hierro y plata y repartió a cada uno de sus soldados, sin distinción, una libra de plata que éstos sumaron al enorme botín reunido durante la campaña, lo cual, y en función del tamaño de su ejército consular, significa un mínimo de 24.000 libras de plata destina-

76.- Polieno,VII, 48.
77.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 5,2.
78.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.
79.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 48,4.
80.- Polibio, *Historias*, IX, 11; X, 35.
81.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 47.
82.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXII, 27.

das a compensar de forma extraordinaria a las tropas; a la prodigalidad de Catón debe sumarse, según el texto de Plutarco, el pago de 200 talentos de plata (c. 1.530 kg) a los mercenarios celtiberos que reclutó para la campaña, cantidades que se pagarían del botín obtenido de las tribus vencidas[83].

El total de las esquilmaciones de Catón es aún más significativo respecto al potencial económico de Hispania si se le sumamos las 25.000 libras de plata en lingotes, 23.000 con el cuño de la biga, 540 libras de plata oscenses, y 1.400 de oro que aportó a Roma en el 194 a.C. Tres años después, el procónsul Marco Fulvio Nobilior llevó a Roma una cantidad mucho menor pero aún significativa: 12.000 libras de plata, 130 con la marca de la biga y 127 libras de oro. La suma de dichos datos indica que en tan sólo una década, los cónsules y procónsules romanos fueron capaces de aportar al tesoro de Roma la respetable cifra de 200.732 libras de plata en lingotes, 545.672 libras de plata acuñada y 5.522 libras de oro, a las que deben sumarse los pagos a las tropas, las cantidades invertidas en las compras de alimentos, y el saqueo realizado por las tropas como botín de guerra.

Si se comparan las cifras indicadas con las reparaciones de guerra exigidas a Cartago al final de la Segunda Guerra Púnica: 10.000 talentos de plata de Eubea pagaderos en 50 años a razón de 200 talentos anuales, puede comprenderse hasta qué punto era una esquilmación sin precedentes lo obtenido en Hispania, razón por la que se guardó el registro de los ingresos[84], pero también que las sumas obtenidas no dejaban de considerarse como normales dado que no sirvieron, en muchas ocasiones, para que los procónsules obtuvieran los máximos honores por parte del senado romano. Y, evidentemente, las cifras indicadas son las consideradas *oficiales* inscritas en los registros del estado, a ellas habría que añadir el monto de los botines obtenido por la tropa, los oficiales y los comandantes militares que no se incluyen en las relaciones. Entre el final de la guerra de Aníbal y el inicio de las campañas lusitanas y celtíberas, Hispania se convirtió en un territorio en el que era fácil acumular fortunas mediante la rapiña sistemática del sistema económico indígena.

Las exigencias de reparaciones y los saqueos continuaron en años posteriores aunque de forma más espaciada debido a las alternativas de las guerras sostenidas durante el siglo II a.C. Aún así, el procónsul Lucio Manlio pudo llevar a Roma el año 186 a.C. 52 coronas de oro y 132 libras del mismo metal y 16.300 libras de plata, mientras que el cuestor Quinto Fabio aportó 10.000 libras de plata y 80 de oro[85], Quinto Fulvio Flaco 124 coronas y 32 libras de oro, y 133.200 monedas de plata oscense el año 179 a.C.[86], y Marco Claudio Marcelo 10 libras de oro y 1.000.00 de sextercios en plata.

MORTANDAD Y DESCOMPOSICIÓN DEL SISTEMA DEMOGRÁFICO

Pese a los problemas existentes para admitir las cifras incluídas en las fuentes clásicas, dichos números pueden aceptarse como indicio de la demografía de las estructuras político-sociales peninsulares, y de la capacidad de su sistema organizativo de reclutamiento y encuadramiento de tropas.

Diodoro Sículo[87] explica que la primera campaña de Amílcar Barca contra iberos y tartésicos se saldó con la aniquilación de éstos, cuyo número no especifica, con la excepción de 3.000 prisioneros que fueron enrolados en calidad de mercenarios; pese al desastre, Indortas pudo reunir en poco tiempo un nuevo ejército de 50.000 hombres de los que perecieron casi todos a excepción de 10.000 cautivos. Suponiendo que ambos ejércitos fuesen de dimensiones similares, significaría que las pérdidas de iberos y tartesios ascenderían en poco tiempo a más de 80.000 hombres. Es difícil calibrar las cifras puesto que no disponemos de una estimación, siquiera aproximada, de la demografía de las comunidades ibéricas del sur peninsular a mediados del siglo III a.C., pero aplicando cálculos generales de movilización de tropas para el período de guerra entre estados, los ejércitos dependientes de una estructura política no sobrepasan al inicio de una contienda el 15% del total de la población, lo que indicaría que 100.000 guerreros corresponderían a una población aproximada de 6.500.000 habitantes para el sur y sudeste de la Península.

Pérdidas como las expresadas por Diodoro significarían un fuerte handicap para el sostenimiento futuro de la estructura poblacional de los vencidos, al disminuir la fuerza de trabajo y desestructurarse las unidades familiares. Siguiendo con las cifras, según Polibio y Tito Livio, Aníbal derrotó a carpetanos y olcades causándoles graves daños y poniendo en fuga no más de 10.000 hombres[88] de un ejército que algunas fuentes

83.- Plutarco, *Catón*, 10.
84.- Polibio, *Historias*, XV, 18,7.
85.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIX, 29,4.
86.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XL, 43,4.
87.- Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXV, 10.
88.- Polibio, *Historias*, III, 13,5.

cifran en 100.000 guerreros[89], por lo que deben suponerse 90.000 muertos dado que no se indica la toma de prisioneros; Cneo Cornelio Escipión acaba con 6.000 hombres y captura otros 2.000 el año 218 a.C. del cuerpo de 11.000 que Aníbal deja a Hannón para proteger los pasos de los Pirineos y la zona interior del nordeste peninsular[90]; ante Iliturgis el 214 a.C. los cartagineses y sus aliados sufren 12.000 muertos y 1.000 prisioneros, y unos días después, en Munda, volvieron a perder otros 12.000 hombres a los que se sumaron 3.000 prisioneros y, pasado poco tiempo, y una vez completado de nuevo el ejército púnico con mercenarios celtiberos, sufrió una tercera derrota con pérdida de 8.000 hombres más 1.000 prisioneros[91], en total 37.000 bajas definitivas. En Baecula, el año 208 a.C., la mayor parte de los 10.000 infantes y 2.000 jinetes capturados son iberos[92], a los que deben sumarse 8.000 muertos[93]. Por su parte, Silano conseguirá acabar con 4.000 celtiberos en el 207 a.C.[94]

Las proporciones de bajas en los combates entre iberos y romanos son similares. Del ejército de 20.000 infantes y 2.500 jinetes reunido por Indíbil y Mandonio el 206 a.C. consiguió salvarse una tercera parte, contándose entre las bajas 3.000 prisioneros, es decir, un 66% de pérdidas frente a los 1.200 muertos y 3.000 heridos que sufrieron las fuerzas de Publio Cornelio Escipión[95]. En la siguiente sublevación, el 205 a.C. los mismos caudillos consiguen reunir un nuevo ejército de 30.000 infantes y 4.000 jinetes, de los que perecieron 13.000 y 1.800 fueron capturados, frente a unas pérdidas de apenas 200 hombres en el bando romano[96]. Años después, en el 196 a.C., Quinto Minucio derrota a los caudillos Budar y Besadines cerca de la ciudad de Turba causándoles 12.000 bajas; Marco Helvio vence a un ejército de 20.000 celtíberos ante Iliturgis de los que mueren 12.000 el 195 a.C. y, el mismo año, Marco Porcio Causa 40.000 muertos a las tribus del nordeste en la batalla de Emporion. Las cifras de bajas se alargan durante toda la duración de las guerras celtibéricas siguiendo unas proporciones similares con la excepción de los desastres del 153 a.C.[97]

Las cifras expuestas –pese a los problemas citados– son indicativas de la ferocidad de las guerras libradas en la Península, en las que las proporciones de bajas respecto los totales de los ejércitos implicados son altísimas. A modo de comparación, el estudio de P. Brulé (Brulé, 1999) sobre las pérdidas sufridas por el ejército ateniense entre el 490 y el 393 a.C., indican que el vencedor del conflicto sufre unas bajas estimadas de entre el 2 y el 5% de sus efectivos, llegando en los casos de mayor dureza al 10% con una media del 5%, mientras que el ejército derrotado sufría unas bajas estimadas entre el 10 y el 20% de su fuerza, alcanzando en contadas ocasiones la tasa del 35%, pero con una media del 14%. A modo de ejemplo, en la victoria de Platea (479 a.C.) los atenienses perdieron 52 de los 8.000 hoplitas que alinearon, es decir, el 0,7% de la fuerza, mientras que en la derrota de Leucade (426 a.C) perdieron el 16% y, como caso extremo, en Nemea perecieron 2.800 de los 6.600 combatientes empeñados, es decir, el 42% del total. En todos los casos se trata de cifras extrídas de los relatos de Tucídides, Jenofonte, Herodoto y Diodoro Sículo, cuya problemática es similar a la expuesta para las fuentes peninsulares basadas en Polibio y Tito Livio ¿a qué se debe por tanto la elevada mortandad de los ejércitos ibéricos y celtibéricos en combate?. Evidentemente puede tratarse de una exageración de las fuentes latinas para prestigiar las victorias obtenidas, pero es aún más factible que nos encontremos ante el claro reflejo de un fenómeno distinto: una guerra de exterminio pensada para sumar a la derrota la desaparición física del adversario. Si con unas pérdidas como las estimadas la población masculina adulta ateniense se reduciría de 62.000 a 24.400 entre el 431 y el 400 a.C., y la de individuos menores de 18 años de 29.000 a 11.500 mostrando claramente las consecuencias de la Guerra del Peloponeso y la caída de la natalidad durante dichos años, ¿qué pensar de los efectos de la sangría que las luchas entre el 238 y el 195 a.C. ejercen sobre las comunidades ibéricas?.

Tan sólo cabe indicar una posible respuesta. Si comparamos las cifras sobre bajas en los combates desarrollados en la Península con, por ejemplo, las pérdidas de los antagonistas de César en el período 58-52 a.C., cuando infringe 80.000 bajas a los germanos el primer año, 40.000 a las tribus galas durante el asalto de Avaricum el 52 a.C, o reduce a la esclavitud a 53.000 hombres, mujeres y niños de la tribu de los Aduatuci poco antes, veremos que pese a tratarse de una guerra compleja

89.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 5,2.
90.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación,* XXI, 60.
91.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 41.
92.- Polibio, *Historias*, X, 40.
93.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 18.
94.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 2.
95.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 34. Apiano, *Iberia*, 37, indica que el mismo número de bajas entre las tropas romanas y cifra el de los ilergetes en 20.000.
96.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIX, 2, 17-18.
97.- Apiano*, Iberia*, 45.

librada al estilo de las potencias mediterráneas, se trata en realidad de operaciones de exterminio, similares a las empresas coloniales europeas siglos más tarde, enfocadas no al triunfo de un sistema político, sino a la completa destrucción del adversario.

A los muertos en combate debe sumarse la venta por los cuestores como esclavos de los prisioneros, y el exterminio de poblaciones consecuencia de los asedios. En otras ocasiones, los castigos a prisioneros y aliados inseguros incluían mutilaciones masivas destinadas a fomentar el terror e impedir revueltas. Escipión Emiliano hará amputar las manos de 400 jóvenes de Lutia que pretendían ayudar a los numantinos durante la última fase del asedio de la ciudad[98], y Fabio Máximo Serviliano ordenará el mismo suplicio para todos los seguidores del lusitano Connoba en el 141 a.C.[99]

No disponemos de un estudio exhaustivo de los cambios demográficos acaecidos en la Península desde el inicio de la conquista cartaginesa hasta el final de las guerras celtibéricas, pero la suma de víctimas provocada por batallas, extracción de mercenarios, y asalto de ciudades, unido a la aniquilación o venta como esclavos de un elevado número de civiles, y a la destrucción o pérdida de control sobre los recursos económicos, ocasionó el progresivo debilitamiento y desmembramiento de las estructuras sociales indígenas y su substitución progresiva por contingentes de colonos. En diversas ocasiones las fuentes indican la total destrucción de las ciudades, la obligación de abandonar los territorios propios de las tribus para reasentarse en otras zonas impuestas por el ejército romano, e incluso la necesidad que tienen algunas comunidades otrora prósperas de dedicarse al bandidaje para subsistir. La política de Roma pretende siempre la destrucción de los sistemas políticos y sociales. En ningún momento la administración provincial romana considerará segura Hispania mientras se desarrollen conflictos, considerados, como indica Lépido en el 137-136 a.C., el mejor estímulo para nuevas revueltas, por lo que propondrá la destrucción definitiva de Numancia antes que su resistencia sirva de ejemplo a las comunidades iberas del levante y sur peninsular, y ello pese a que habían transcurrido sesenta años desde la represión de Catón[100].

ESCLAVITUD DE LOS CAUTIVOS

La pérdida de la condición de hombres libres en el ámbito de la Protohistoria era el resultado de una acción violenta, tras la cual el destino de los cautivos era su venta como esclavos. No todas las sociedades trataron igual a sus ciudadanos presos. En la Grecia clásica (Bielman, 1999), un cautivo mantenía la condición de ciudadano aún reducido a la esclavitud (*política sômata*), mientras que los *éleuthéra sômata* eran las personas de antigua condición libre ahora esclavas. Los cautivos, importantes política y económicamente, eran un recordatorio del triunfo alcanzado sobre otra polis, al tiempo que una advertencia a futuras deserciones de otras ciudades, en especial durante los conflictos de los siglos V y IV a.C. Suponían una inestimable fuente de ingresos tanto en fuerza de trabajo como en dinero al venderlos en los mercados de esclavos, pagando así el vencido parte de los gastos militares de su vencedor. La recuperación de prisioneros y rehenes estaba en consonancia con su importancia política y social, y las circunstancias de su captura. Durante la Guerra del Peloponeso los intercambios de prisioneros fueron frecuentes entre las partes en conflicto, ya fuera a cambio de un rescate o a un pacto político, pero en otras ocasiones, incluso las potencias vencedoras no quisieron recuperar a sus ciudadanos al finalizar la guerra, si consideraban que éstos habían dañado el prestigio del estado con su derrota, como ocurrió con los prisioneros de Cannae que, vendidos el 216 a.C. tras la victoria de Aníbal, no fueron rescatados hasta el 194 a.C. al final de la campaña de Tito Quincio en Grecia, restando aún en el 188 a.C. algunos cautivos procedentes del infausto día[101]: *"Quincio les pidió que buscasen a los ciudadanos romanos que pudieran haber como esclavos en sus países y se los remitiesen a Tesalia antes de dos meses, que era un deshonor también para ellos que los libertadores sirvieran como esclavos en la tierra que habían libertado (..) Era muy elevado el número de prisioneros de la Guerra Púnica que habían sido puestos en venta por Aníbal al no ser rescatados por los suyos. Prueba de lo elevado de su número es el hecho de que, según escribe Polibio, su rescate les costó cien talentos a los aqueos, habiéndose fijado en quinientos denarios por cabeza el precio a abonar a sus dueños. Según esas cuentas, pues, Acaya reunió mil doscientos. Puede hacerse un cálculo proporcional de los que probablemente había en toda Grecia*".

Pese al oprobio, la esclavitud podía llegar a constituir un mal menor para los vencidos. Atenas y Samos marcaban a los prisioneros con un hierro al rojo con los símbolos de la lechuza de Atenea y un barco respecti-

98.- Apiano, *Iberia*, 93.
99.- Apiano, *Iberia*, 68.
100.- Apiano, *Iberia*, 80.
101.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 50, 2-6.



Figura 2. *Numancia.* Obra de Alejo Vera y Estaca (1881).



Figura 3. *La muerte de Viriato.* Obra de José de Madrazo y Agudo (1802).

vamente, mientras que en Siracusa, los prisioneros de la desastrosa expedición de Nicias lo fueron con el símbolo del caballo. A las marcas en la frente podía sumarse la mutilación. Para evitar que un cambio de fortuna pudiera suponer que los antiguos cautivos tomaran de nuevo las armas contra sus captores, Filocles, con el benepláctito de la *Ekklesia* ateniense[102], cortó el pulgar a sus prisioneros, impidiéndoles así empuñar la lanza pero no servir como remeros; e incluso los atenienses amenazaron con cortar las manos a todos los vencidos antes de la batalla de Egos Potamos, significando su derrota el ajusticiamiento de 3.000 prisioneros áticos[103]. Los prisioneros eran vendidos inmediatamente tras su captura. Los legados de Sagunto que se presentan ante el Senado romano el 205 a.C., explican que los antiguos habitantes de la ciudad habían sido repartidos por diversos territorios del sur de la Península, especialmente en la Turdetania, de donde fueron rescatados por los romanos y devueltos a su ciudad: *"Desde que llegaron a la provincia Publio y Cneo Escipión no cesaron ni un momento de hacer lo que nos favorecía a nosotros y perjudicaba al enemigo. Antes de nada nos devolvieron nuestra ciudad; enviaron a buscar a nuestros conciudadanos por toda Hispania, que habían vendido como esclavos, y los convirtieron de esclavos en libres de nuevo*"[104], siendo su redención de la esclavitud una prioridad exigida por el Senado a sus generales en Hispania como compensación por la pasividad que Roma había demostrado durante el asedio de Aníbal y las reiteradas peticiones de auxilio por parte de los saguntinos. Las fuentes indican que en otras ocasiones los cautivos eran transportados fuera de la Península. El año 141 a.C. Quinto Pompeyo Aulio, tras derrotar a Tangino en la Sedetania, vendió a los prisioneros, indicando Apiano que se sublevaron durante la travesía que los conducía a su destino, matando a los compradores y hundiendo las naves[105]. Las ventas fueron muy frecuentes durante las guerras de la Celtiberia y Lusitania. Escipión Emiliano vendió a todos los habitantes de Numancia que se rindieron con la excepción de los cincuenta que reservó para su desfile triunfal en Roma[106]; Servio Galba vendió en el 151-150 a.C. una parte de los lusitanos que atrajo con la promesa de entregarles tierras a cambio de su sumisión, asesinando al resto[107]; Fabio Máximo Serviliano entregó a los mercaderes a 9.500 cautivos tras la toma de Iscadia, Gemela y Obolcola el 141-140 a.C. cuando luchaba contra Viriato[108]; Tito Didio vendió a todos los habitantes de Coleda el 98 a.C. después de obtener la rendición de la ciudad[109] y, por las mismas fechas, Sertorio, tribuno a las órdenes de Tito Didio, masacró a los habitantes de la ciudad celtíbera de Catulo, vendiendo a los supervivientes[110].

ENTREGA DE REHENES

La exigencia de entrega de rehenes entre estados era una práctica común en el Próximo Oriente, Mesopotamia, Egipto y Grecia. Entre las razones de tal

102.- Jenofonte, *Helénicas*, II, 2,31.
103.- Jenofonte, *Helénicas*, II, 31.
104.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 39,6.
105.- Apiano, *Iberia*, 77.
106.- Apiano, *Iberia*, 98.
107.- Apiano, *Iberia*,60. Valerio Máximo, IX, 6.2.
108.- Apiano, *Iberia*, 68.
109.- Apiano, *Iberia*, 99.
110.- Plutarco, *Sertorio*, 3.

práctica se cuentan la necesidad de garantías para asegurar la sumisión de los vencidos más allá de la ocupación militar o la imposición de reparaciones de guerra; reforzar un tratado de alianza; o mantener sojuzgado a un teórico aliado político. Si la costumbre en Grecia se basaba en la desconfianza hacia los juramentos, tan pronto establecidos como rotos, Cartago esperaba de la obtención de rehenes asegurarse lealtades políticas, como en la entrega de los hijos de Anaxilao, tirano de Rhegio, a Amilcar durante la campaña del 480 a.C.: "*Como general venía Amílcar, hijo de Hannón, rey de Cartago, a quien había convencido Terilo por la amistad de huésped que tenía con él y principalmente por la diligencia de Anaxilao, hijo de Cretines y señor de Rhegio, quien entregó a sus dos hijos como rehenes a Amílcar y le llevó a Sicilia en socorro de su suegro. Porque Anaxilao estaba casado con la hija de Terilo, por nombre Cidipa*"[111].

La entrega de rehenes y el incumplimiento de los acuerdos podía significar la pérdida de miembros influyentes de la comunidad, puesto que los elegidos en las entregas debían atenderse a una doble condición: personas integrantes de la élite económica, de quienes dependía parte de la actividad productiva y mercantil de la ciudad, al tiempo que por su status disponían de influencia política, como en el caso de los rehenes exigidos por Esparta a Egina el año 491 a.C. y confiados al ciudado de los atenienses: *"Demarato tomó consigo a Leotíquidas y se dirigió contra los eginetas, poseído de un terrible enojo por la afrenta que se le había hecho. No osaron entonces los eginetas, viendo venir contra ellos a los dos reyes, continuar la resistencia; aquellos escogieron diez hombres de Egina, los de mayor consideración por su riqueza y su linaje, entre ellos Crío, hijo de Polícrito, y Casambo, hijo de Aristócrates, los que tenían más poder; les condujeron al Ática, y les confiaron en depósito a los atenienses, los peores enemigos de los eginetas*"[112], o bien tratarse de los hijos del rey, puesto que su pérdida comprometería el futuro del linaje o de la dinastía reinante. La confianza en que nadie pondría en peligro a los miembros de su propia familia desatendiendo los compromisos adquiridos no siempre era confirmada por los hechos, como en el caso del noble persa Reomitres que, sublevado contra su rey, pidió auxilio al rey Teos de Egipto a cambio de entregarle como rehenes a su mujer e hijos, así como a los hijos de algunos de sus aliados, a los que abandonó tras someterse de nuevo a Ciro[113].



Figura 4. *La muerte de Indíbil.* Obra de M. Navarrete (1918).

En la península Ibérica, los contendientes utilizarán los mismos sistemas de coacción. Roma exige rehenes para asegurarse la fidelidad de las tribus sometidas o aliadas desde el inicio de su presencia en la Península, siendo las comunidades del nordeste las primeras que los entregan. En el 218 a.C., tras la rendición de Atanagro, se obtiene un número de rehenes mayor al entregado con anterioridad[114] sobre el que no se tienen datos. Al año siguiente, tras su victoria en el Ebro y el saqueo de las costas del Levante, son 120 los pueblos de la región próxima al río e incluso del interior los que se someten entregando rehenes en garantía[115]. Algunos de ellos, en concordancia con el posterior relato de Tito Livio, debían ser ya celtíberos y, tal vez, la causa de su incursión sobre territorio cartaginés que provoca el retroceso de Asdrúbal desde su campamento en el país de los Ilercavones hacia el sur para hacer frente a la nueva amenaza: "*toman por asalto tres ciudades y entablan con insigne valor dos combates con Asdrúbal, al que matan 15.000 hombres y le cogen 4.000 con muchas enseñas*"[116], y el resultado de una acción combinada con Cneo Cornelio Escipión.

Cartago intentó asegurarse la fidelidad de las tribus ibéricas del mismo modo. Aníbal concentró en Sagunto a los hijos (*pueorum*) de los principales jefes iberos para asegurarse su fidelidad[117], explotando la idea de que la preservación y transmisión del poder político en las

111.- Herodoto, *Los nueve libros de la Historia*, VII, 165.
112.- Herodoto, *Los nueve libros de la Historia*, VI, 73.
113.- Jenofonte, *Ciropedia*, VIII, 8,4.
114.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.
115.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 20.
116.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 21.
117.- Polibio, *Historias*, III, 98,2.



Figura 5. *La continencia de Escipión.* Obra de Juan Gálvez (1799).

sociedades jerarquizadas se basaba en los vástagos, esencialmente en los primogénitos. La devolución no pactada de los rehenes suponía por tanto una relación de deuda y dependencia personal que los iberos adquirían respecto a quienes la favorecieran, causa tanto de la propuesta que Abilix (Abelux) hace a Bostar cuando los romanos se acercan a Sagunto el 217 a.C., como de que Publio Cornelio Escipión acogiese con alegría la propuesta que le hizo el tránsfuga de entregarle a él los rehenes para que Roma obtuviese el mérito y el rédito político de su devolución[118]. Niños y mujeres constituyen los 300 rehenes entregados por las tribus ibéricas y celtibéricas a los cartagineses que Publio Cornelio Escipión encuentra en Cartago Nova al capturar la ciudad[119]. Polibio indica que intentó ganarse la voluntad de los más jóvenes mediante la entrega de regalos (puñales y espadas a los niños, referente a las armas como símbolo de status, y pendientes y pulseras a las niñas), y la promesa de que pronto serían devueltos a sus familias. La *continencia de Escipión*[120], se basa en el respeto con que trató a las mujeres e hijas de los nobles iberos mantenidas como rehenes y tratadas ignominiosamente por los cartagineses[121], mientras que la liberación de la prometida del celtíbero Alucio, muestra cómo podía emplearse a los prisioneros como moneda de cambio en la obtención de acuerdos políticos[122]. Concentrando en Tarraco a los rehenes trasladados desde Cartago Nova consiguió que los nobles iberos tuvieran que presentarse ante él para recuperar a sus mujeres e hijos, como en los casos de Edecón o Indíbil, junto a sus respectivos clientes. En ambos casos la deuda de honor se transformó en un acuerdo de apoyo militar.

La dependencia personal por agradecimiento tras la salvaguarda y devolución de familiares fue utilizada también por Tiberio Sempronio Graco para asegurarse la sumisión del régulo Thurro, uno de los más importantes nobles de la Celtiberia (*longe potentissimus ommnium Hispanorum)* cuyos hijos e hija fueron capturados en la toma de Alce el 179 a.C.[123] Incluso Viriato intentó congraciarse de esta forma el año 146 a.C. con los segontinos devolviéndoles los rehenes, hijos y esposas que estaban en poder de los romanos y que había liberado, aunque según relata Frontino optaron por permanecer fieles a los pactos con Roma arriesgando su ejecución[124].

Tras Baecula, la política de Publio Cornelio Escipión respecto a las tribus ibéricas se reafirmó con la liberación de los prisioneros ibéricos que formaban el grueso de los 10.000 infantes y 2.000 jinetes capturados al ejérci-

118.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 22.
119.- Polibio, *Historias*, X, 18,3.
120.- El relato de la continencia de Escipión tiene mucho de literario. De hecho, el pasaje recuerda extraordinariamente a la clemencia que Alejandro Magno demuestra a las mujeres de la familia de su enemigo Darío III tras su captura en la batalla de Isso. "*Pero el obsequio más loable y más regio que de él recibieron unas mujeres ingenuas y honestas reducidas a la esclavitud, fue el no oír, ni sospechar ni temer nada indecoroso, sino que les fue lícito llevar una vida apartada de todo trato y de la vista de los demás, como si estuvieran, no en un campamento de enemigos, sino guardadas en templos y relicarios de vírgenes*". Plutarco, *Alejandro*, 21.
121.- De hecho, las mujeres retenidas como rehenes fueron violadas por sus captores. La violación era una práctica habitual con las cautivas puesto que eran entregadas a la soldadesca como una parte más del botín de guerra. Tras la conquista de Selinunte en el 409 a.C. las mujeres capturadas fueron entregadas a la sevicia del vencedor. "*Algunas eran obligadas a ver como sus hijas aún vírgenes eran obligadas a realizar actos que no se correspondían con su edad, dado que la crueldad de los bárbaros no respetaba ni a los niños de condición libre ni a las jóvenes, y hacían sufrir a estos infortunados terribles suplicios*". Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIII, 58.
122.- Publio Cornelio Escipión se encargó de recordar a Indíbil que él había capturado a las mujeres en calidad de prisioneras y esclavas, es decir, en un status más bajo que el de rehenes, y que, aún así, se había comportado con ellas como lo habría hecho un padre. Polibio, *Historias*, X, 38.
123.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XL, 49.
124.- Pseudo Frontino, IV, 5, 22.



Figura 6. *La destrucción de Numancia.* Obra de Antonio Ribera (1802).

to de Asdrúbal, mientras que los púnicos fueron vendidos por los cuestores[125]. Consiguió con su gesto el apoyo de la mayor parte de las tribus ibéricas: "*El otro Asdrúbal y Magón coincidían en que la generosidad de Escipión había ganado la voluntad de toda la población tanto en el ámbito público como privado, y que no se pondría fin a las defecciones hasta que todos los soldados hispanos fuesen retirados a los últimos confines de Hispania o trasladados a la Galia*"[126]. Escipión persistió en su política tras la primera sublevación de Indíbil y Mandonio al renunciar a rehenes sobre los que tomar venganza en caso de una nueva defección.

La política romana cambió una vez asegurado el control del territorio. Tras la segunda sublevación de ilergetas, ausetanos, y suesetanos, Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acidino exigieron la entrega de los líderes, incluido Mandonio, para ser ajusticiados, y rehenes de treinta pueblos o tribus[127]; y en el 195 a.C., los bergistanos, sublevados en dos ocasiones consecutivas, fueron todos vendidos en subasta[128]. Durante las Guerras Celtibéricas, la exigencia de rehenes se convirtió en una petición frecuente: Tiberio Sempronio Graco recibió rehenes de Munda y 40 caballeros nobles en prenda de fidelidad de Certima en el 179 a.C.[129]; Claudio Marcelo los obtuvo de Ocilis el 152 a.C.[130], devolvió los suyos a los celtíberos el mismo año, y los exigió de belos, titos y arevacos, aunque en un gesto político los liberó en el momento en que le fueron entregados en un intento por terminar la guerra numantina que el Senado romano estaba dispuesto a llevar a cabo a cualquier precio. En muchas ocasiones su entrega no era suficiente para contener la ira de los romanos; la ciudad de Cauca libró rehenes a Lucio Lúculo el 151 a.C. al tiempo que cumplía otras exigencias impuestas por el cónsul, pero no impidió con ello el saqueo y exterminio de la ciudad y sus 20.000 habitantes[131]. El resultado de ésta acción fue la desconfianza de las poblaciones celtibéricas hacia Lúculo y su dificultad para conquistarlas, lo que redundó en nuevas y fuertes exigencias de tributos y rehenes a los vencidos, como los 50 impuestos a la ciudad de Intercatia[132].

La fase final de la guerra contra los celtíberos y Numancia demuestra la fragilidad de las conquistas romanas. Las continuas derrotas y la falta de avances decisivos en la campaña impelen una y otra vez a la sublevación a las ciudades que se mantenían fieles mientras la suerte de las armas favorecía a Roma. Las consecuencias de las alternancias son la destrucción de las ciudades, la esquilmación de los recursos económicos, y la toma de un número cada vez mayor de rehenes. Quinto Pompeyo Aulo los obtiene en número desconocido de Malia en el 141 a.C. después de que los habitantes de la ciudad acabaran con la guarnición numantina allí instalada[133], y 300 de Numancia y otros tantos de Termancia en el 140-139 a.C. como parte de las condiciones exigidas para establecer una nueva paz[134].

EXIGENCIA DE HOMBRES PARA LA GUERRA

Los pactos de alianza incluían la recluta de hombres para completar los efectivos de los ejércitos. Cartagineses y romanos exigieron de sus aliados la incorporación como tropas auxiliares de un número cada vez mayor de guerreros, pudiendo dividirse los motivos de la recluta forzada en dos grandes grupos: políticos y tácticos. La incorporación de efectivos indígenas aseguraba el mantenimiento de los lazos de dependencia personal establecidos entre los nobles o jefes tribales y los generales romanos –casos de

125.- Polibio, *Historias*, III, 10,40. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 19,1.
126.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 20,5.
127.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIX, 3,5.
128.- Tito Livio, *Ab Urbe Condita*, XXXIV, 16,3.
129.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XL, 17.
130.- Apiano, *Iberia*, 48-49.
131.- Apiano, *Iberia*, 50-52.
132.- Apiano, *Iberia*, 53-54.
133.- Apiano, *Iberia*, 77.
134.- Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXXIII, 16; Apiano, *Iberia*, 78-79.

Edecón, Indíbil o Colchas–, pero era también un medio para obtener en rehén a una parte seleccionada de las tropas de un estado, por cuanto al desproveerlo de sus mejores guerreros era mucho más difícil que intentasen una revuelta. En contrapartida, la recluta de hombres permitía afianzar el status del grupo como aliado del vencedor frente a otros más tibios o que habían aportado menor número de guerreros.

Las tropas indígenas solucionaban en parte las carencias de unos ejércitos obligados a combatir en territorio desconocido y hostil. El conocimiento del terreno que permite la función de guías es frecuente en los relatos de las campañas. Aníbal envió en avanzada de su ejército emisarios para comprar el apoyo de las tribus galas tras atravesar los Pirineos en el 218 a.C.[135]; y Marco Silano empleó desertores celtibéricos como guías para su incursión en la Celtiberia el año 207 a.C.[136]. Eran también los mejores para detectar la posición y movimientos del enemigo, así como la moral del ejército rival, al existir contingentes aliados en los ejércitos enfrentados y ser constante la comunicación entre las tropas, circunstancia empleada por Asdrúbal para provocar la deserción de los celtíberos del ejército de Cneo Cornelio Escipión antes de la batalla que supuso la más derrota romana el 211 a.C.[137]. Dos años después, sería Publio Cornelio Escipión quien emplearía informadores para saber que los ejércitos de campaña púnicos en Hispania se encontraban a diez días de marcha de Cartago Nova, por lo que les sería muy difícil acudir en ayuda de su principal base de operaciones y, mucho menos, actuar para ello de forma coordinada[138]; pescadores indígenas le informaron también de las características de las fortificaciones de la plaza, así como de la forma de atravesar las marismas para atacar la ciudad[139].

Es difícil definir las obligaciones que comportaban los pactos de alianza respecto al número de hombres que deberían entregarse y el tiempo de servicio. En todo caso, la heterogeneidad del ejército que Aníbal envía a África el 218 a.C. es significativa de los diferentes componentes tribales, aunque es difícil discernir entre soldados reclutados por pactos de dependencia y mercenarios. Aníbal concede permiso a los soldados iberos de su ejército tras la conquista de Sagunto[140] para regresar a sus hogares durante el invierno antes de las nuevas campañas, una actuación difícil de asociar a tropas mercenarias cuya retribución se establecía en función de los días del contrato, regresando a sus puntos de origen o centros de reclutamiento, como harán los mercenarios ibéricos durante la Guerra del Peloponeso, al finalizar los contratos de alistamiento. En el caso indicado, la expresión *omnium gentium auxilia* con que Tito Livio se refiere a los contingentes que regresaron sin dilación en la primavera, es significativo. Tampoco podría entenderse más que como tropas aliadas y no mercenarias, a los 3.000 guerreros carpetanos que desertaron al extenderse el rumor de que Aníbal los conducía contra Roma, ni a los 7.000 hombres con poca formación militar que licenció seguidamente como coartada de la deserción citada[141].

Los contingentes aportados no fueron en todo caso muy numerosos. Numancia sostuvo una guerra de catorce años contra Roma con un cuerpo social que no le permitió reunir nunca más de 8.000 guerreros (4.000 según otras fuentes), y Colchas, *regulus* que gobernaba sobre 28 ciudades, aportó 3.000 infantes y 500 jinetes reclutados entre sus súbditos durante el invierno del 207-206 a.C.[142], un contingente menor si se tiene en cuenta que su nombre es citado en repetidas ocasiones como ejemplo de los *regula* que mantuvieron sus dominios con el apoyo de los romanos, mientras que el celtíbero Alucio reclutó entre sus clientes una tropa de 1.400 jinetes. Los mayores contingentes fueron reunidos por Servio Galba el151-150 a.C. después de su derrota ante los lusitanos cuando convocó 20.000 aliados, y el exigido conjuntamente a las tribus de los belos y titos por el cuestor Cayo Vetilio el año 147-146 a.C. para enfrentarse a Viriato: 5.000 hombres que fueron masacrados por el caudillo lusitano[143]. Proporcionados a las propias tropas romanas y aliadas de nombre latino, los auxiliares celtibéricos continuaron reclamándose durante las guerras Numantina y Lusitana, especialmente tropas de caballería, como la exigida por Lucio Lúculo en sus pactos con Cauca antes de masacrar la ciudad en el 151 a.C.[144].

Las unidades de caballería hispana estarán siempre entre las mejores al servicio de Roma. Junto al *Bronce de Asculum* del 89 a.C. que recoge la concesión de la ciudadanía romana a 30 hispanos integrantes de una *turma*, las citas de jinetes o caballos peninsulares son

135.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 23.
136.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 1.
137.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 33.
138.- Polibio, *Historias*, X, 7,4.
139.- Polibio, *Historias*, X, 7,6.
140.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 21.
141.- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 23.
142.- Tito Livio, *Ab Urbe Condita*, XXVIII, 13.
143.- Apiano, *Iberia*,63.
144.- Apiano, *Iberia*, 50-52.

frecuentes en el relato de César[145], e incluso se nombra un contingente de 2.000 jinetes iberos junto a otro de 4.000 lusitanos mandado por Casio en los prolegómenos de la batalla de Filipos el año 42 a.C.[146], y otro de 10.000 jinetes celtas e iberos entre las tropas con que Marco Antonio emprendió la campaña de Armenia el 40 a.C.[147] aunque en los dos últimos casos se trata más de mercenarios que de aliados.

CONCLUSIONES

Las consecuencias de la guerra en la Protohistoria peninsular, en especial durante el período comprendido entre la conquista Bárquida y la caída de Numancia, deben analizarse desde una perspectiva global que incluya las implicaciones sociales y económicas que la presencia imperialista púnica y romana tuvieron sobre el desarrollo de las estructuras sociales indígenas. No se trata de una ocupación progresiva y de la instalación de un nuevo sistema de administración y poder. Es el fin de un mundo, la desaparición de unas formas de cohesión social asentadas varios siglos antes realizada desde la perspectiva constante de la destrucción sistemática y masiva de la población y de su sistema económico. La guerra peninsular durante los siglos III y II a.C. se desarrolla siguiendo los modelos de la guerra compleja de origen mediterráneo, aplicados por primera vez a gran escala a fines del siglo III a.C. en el sudeste, pero adquiere las formas de una empresa colonial una vez finalizada la Segunda Guerra Púnica. Las fuentes clásicas indican cómo los sistemas para obtener la sumisión total del territorio abarcan desde la exigencia de contribuciones y rehenes al saqueo de las poblaciones y la venta como esclavos de sus habitantes. Una vez establecido el marco jurídico romano en Hispania, las relaciones políticas con las tribus ibéricas serán inexistentes. Desde Escipión se había implantado la idea del derecho de Roma al territorio, y los sucesivos enfrentamientos no se explicarán ya desde un plano de igualdad –si es que alguna vez lo fueron– sino como un desafío a la política del invasor, del que es clara muestra, por ejemplo, el cambio en la nomenclatura otorgada a los caudillos indígenas que pasarán de *dinastés* o *reguli Hispaniae* a *latrones latronumque duces* como resultado de la aplicación de tales principios.

Consideramos que más allá de la documentación en los registros arqueológicos de los niveles de destrucción correspondientes al inicio de la presencia romana, el impacto de la conquista debe estudiarse en función de dos parámetros: la evolución demográfica de las sociedades ibéricas y el impacto económico sobre la organización productiva. Si aceptamos –aunque sea de modo aproximado– las cifras de muertos y población reducida a la esclavitud para la fase estudiada, vemos que la proyección sobre la demografía constata –a grandes rasgos– un obligado descenso que conduce hasta las puertas del genocidio. El abandono progresivo de los asentamientos ibéricos durante el siglo II a.C. constata fehacientemente también la imposibilidad de susbsistencia económica de unas estructuras sociales truncada.

BIBLIOGRAFÍA

BIELMAN, A. 1999, De la capture à la liberté. Remarques sur le sort et le statut des prisonniers de guerre dans le monde grec classique, *Armées et sociétés de la Grèce classique. Aspects sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.,* Errance, París, 179-199.

BRULÉ, P. 1999, La mortalité de guerre en Grèce classique : l'exemple d'Athènes de 490 à 322. *Armées et sociétés de la Grèce classique. Aspects sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.,* Errance, París, 51-68.

BRUN, P. 1999, ¿ Pourquoi la guerre ?. *Guerres et sociétés dans les mondes grecs (490-322)*, Du Temps, París, 7-17.

CHANDEZON, CH. 1999, L'économie rurale et la guerre. *Armées et sociétés de la Grèce classique. Aspects sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.,* Errance, París, 195-208.

DUCREY, P. 1968, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique,* De Boccard, París.

GARLAN, Y. 2003, *La Guerra en la Antigüedad,* Alerabán, Madrid.

GILLIVER, K., GOLDSWORTHY, A., WHITBY, M. 2005, *Rome at War. Caesar and his legacy*, Osprey, Oxford.

GOLDSWORTHY, A. 2005, *Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas*, Ariel, Barcelona.

GRACIA, F. 2003, *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos,* Ariel, Barcelona.

GRACIA, F. 2006, Las fortificaciones ibéricas. Análisis poliorcético y concepto de su empleo táctico en la guerra de sitio, *Arquitectura defensiva. La protección de la*

145.- César, *Guerra de las Galias*,V, 26,3; VII, 55,3; *Guerra Civil*, III, 22; *Guerra Africana*, 39.
146.- Apiano, bc IV, 88.
147.- Plutarco, *Marco Antonio*, 32.

población y del territorio en época ibérica, Benicarló-Castellón.

GUSI, F. 2002-2003, Una hipótesis interpretativa referida a la funcionalidad y uso social del edificio ilercavón del Perengil (Vinaròs, Baix Maestrat, Castelló), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 23, 153-174.

HARVEY, P. 1986, New Harvests reappear: the Impact of War on Agriculture, *Athenaeum* 64, 205-218.

HOFFNER, H.A. 2002, The Treatment and Long-Term Use of Persons Captured in Battle according to the Masat Texts. *Recent Developments in Hittite Arcaheology. Papers in Memory of Hans G. Güterbock,* Winona Lake.

LE BOHEC, Y. 1996, *Histoire militaire des Guerres Puniques*, Du Rocher, Monaco.

LE BOHEC, Y. 2003, *El ejército romano,* Ariel, Barcelona.

OLIVER, A. 2001, *El Perengil (Vinaròs, Castellón). Un peculiar edificio ibérico*, SIAP, Castelló de la Plana, 213 p.

WALBANK, F. W. 1967, *A Historical Commentary on Polybius*, Oxford.

ZAMORA, D., PUJOL, J., GARCÍA; J., CELA, X. 2001, El poblament a la Laietània central i septentrional durant el període Ibèric ple. Una proposta d'organització territorial. *Territori politic i territory rural durant l'edat del Ferro a la Mediterrània Ocidental. Actes de la Taula Rodona d'Ullastret,* Girona, 203-226.

ZAMORA, D. 2005, *El poblament ibèric de la vall de Cabrera de Mar. Estudi arqueològic i història,* Tesi Doctoral, Barcelona.

ZIOLKOWSKI, A. 1993, Urbs direpta, or how the Romans sacked cities, *War and Society in the Roman World*, Routledge, Londres, 69-91.